

einzelkind

**El viaje involuntario de
un suicida por afición**

Traducción del alemán
de Javier Sánchez-Arjona Voser

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Jueves

1

Harold siempre había creído que, después de morir mamá, heredaría el chalé y podría ahorcarse en la entrada dos veces por semana. Nunca pensó más allá. Pero cuando murió mamá no había quien pagara las deudas y, si el tío Derringham no se hubiera enfrentado al papaleo con la valentía de un héroe, quién sabe qué habría sido de Harold. Por suerte, el tío Derringham consiguió poner a su nombre la casa de alquiler de Golborne Road y acoger a Harold en el bajo en unas condiciones bastante buenas. Entretanto, Harold ha aprendido a valorar la seguridad, la retirada y lo eterno. Alguna vez incluso la sintonía consigo mismo, además de con el mensaje de su delantal, en el que pone: «Me llamo Harold. ¿En qué puedo servirle?».

No es mucho lo que Harold puede hacer por sus semejantes. Tampoco éstos esperan gran cosa de él, y en un día como el de hoy el tiempo maltrata el buen humor de la gente, porque del cielo caen rayos que fulminan árboles. Sólo se oye lo que pasa. Verse no se ve absolutamente nada. No hay ventanas aquí abajo. Siempre ha

sido así y, si se va a buscar algo bajo tierra, nadie espera encontrar nada distinto. La luz es artificial: inunda el pasillo desde el techo, se refleja y quiebra; en algunos rincones sólo brilla tenuemente, en otros deslumbra de forma sobrenatural. A los animales les da igual, ya no ven ninguna luz. Aunque el cerdo aún conserva los ojos. Brillan oscuros en su cabeza rosada. Tiene una pinta tan saludable que uno casi podría pensar que todavía vive, aunque sin cuerpo es imposible. Lo hay troceado, en filetes o picado. Todo tiene que tener buena pinta, fresca y con color intenso. Pero no debe brillar nunca, porque entonces los clientes no tendrían buenas vibraciones.

Al mediodía, Harold puede salir fuera siempre que le apetezca, durante la pausa. Por la puerta de los empleados, subiendo la escalera pequeña y cruzando después el patio de atrás, donde se pudre la basura en contenedores grises y el personal distrae el vicio echando humo. Cuando puede, Harold intenta evitar ese lugar, no tanto por los gatos vagabundos y las ratas que, si no se sienten observadas, salen deslizándose de todas las esquinas, rincones y agujeros para saciar su hambre en la mercancía putrefacta. Más bien lo evita por culpa del enemigo, que responde al nombre de Carol.

De la sección de lácteos.

Su mostrador está sólo a diez metros del de Harold en línea recta, y a veces lleva una cinta rosa en el pelo. Pero no es más que una forma de disimular, un intento de distraer la atención de su verdadero yo, de algo que no puede describirse con palabras y que está directamente relacionado con la experiencia del dolor. Cuando mira a Harold, su expresión dice claramente: «Asesina en serie». A veces también «Colona de asen-

tamiento hebreo». Le mete miedo a Harold con eso. Como el primer día, cuando al saludarle le estrujó la mano y como quien echa un piropo le dijo: «Tú no sobrevives aquí ni una semana». Al principio, a Harold le sedujo la idea cruel de que Carol fuera atropellada por un camión de camino al trabajo. Pero ahora ya tiene claro que es mucho más probable que sea Carol la que atropelle al camión. Harold desconoce la razón por la que Carol muere de semejante manera, sin soltar la presa. A lo mejor la violaron repetidamente cuando era niña, por su padre o por su hermano o por los dos. Y a lo mejor Harold se parece al padre o al hermano. Ella nunca se lo ha dicho.

En diez minutos Harold tiene que ir a ver a Mr. Hopkins. Carol lo sabe. Ha escrito más de 50 *post-its*, que están ahora pegados en el mostrador, en los armarios, en el fregadero, en hachas, cuchillos y tijeras. *Mucha mierda. Mucha suerte. El tiempo todo lo cura.* Ha dejado una foto metida en un sobre rosa junto a la báscula. Una instantánea en alta resolución y con los bordes borrosos que muestra a Carol rompiéndole el cuello a una paloma, aunque no puede apreciarse con claridad si la paloma estaba ya muerta de antemano. Lo más probable es que no fuera el caso.

Harold no tiene muy claro qué es lo que querrá de él Mr. Hopkins. A Mr. Hopkins normalmente no le suele gustar hablar con sus empleados. La última vez que le hizo subir para hablar con él fue hace siete años. Entonces había sido por unas irregularidades en la limpieza de los aseos de caballeros, que habían causado un revuelo enorme. Alguien había escrito con un rotulador negro en todas las puertas: «Aquí se digiere la mierda del sistema». Aunque Harold formaba parte del reducido

círculo de los sospechosos, consiguió que Mr. Hopkins no le considerara una persona que se satisficiera con ese tipo de aventuras subversivas. Era algo en lo que Harold nunca había pensado. Ni en aventuras, ni en aseos de caballeros en general. Si estuviera en su mano, Harold lo eliminaría. Lo de pensar. Se limitaría a existir. Ni azar ni destino: daría completamente igual que al final criara malvas o pensamientos. Harold nunca había podido entender por qué podían llegar a ser tan importantes las asas doradas o el lacado en rojo burdeos, si de todas formas el ataúd es siempre de madera.

2

—Harold, ¿qué espera usted de la vida?

Mr. Hopkins es un hombre de escaso desarrollo y apetito enorme que se peina lo que le queda de pelo haciéndose la raya a la izquierda. Siempre parece un poco perdido detrás de su escritorio hecho a base de maderas de bosques poco comunes, pero ninguno de los empleados ha llegado nunca a concebir la idea de interpretar este hecho como un síntoma de debilidad. Sus ojos azules y acuosos siempre esperan algo, pero ahora ha enarcado las cejas de una forma muy poco natural y despierta en el observador, o sea en Harold, instintos de sumisión.

—La vida, Harold, la vida nos tiene preparadas tantas sorpresas. Muchas veces son los cambios, pequeños y grandes, los que conducen a la vida por el camino correcto. A veces no se entienden a la primera las oportunidades que surgen en el momento en que unas puertas se cierran mientras otras se abren.

Harold intenta concentrarse en seguir las palabras y aquello que significan. Una mujer de unos 40 años y una chica joven le miran fijamente desde el mueble que hay detrás del escritorio de Mr. Hopkins. Están enmarcadas en latón. No son ni guapas ni feas. Posan. Intentan sonreír, pero es probable que fuera demasiado temprano o que la leche se hubiera acabado.

—Ayer mismo me dijo mi mujer: Harry Hopkins, dijo, tienes que hacerte otro corte de pelo.

Una paloma anida en el alféizar de la ventana. Se escucha su arrullo a través del cristal doble de la ventana. Se limpia las alas. Curiosa, echa un vistazo al despacho, pero un leve trueno vuelve a dirigir su atención a lo lejos. Mr. Hopkins se retoca el nudo de la corbata, hojea sus papeles, busca algo. Lo encuentra, levanta de nuevo la vista. Comienza a llover y unas gotas enormes revientan contra los cristales.

—Iré al grano, querido Harold: ayer volvió usted a aparecer detrás de su mostrador completamente lleno de sangre de ternera y pretendía seguir despachando. Aunque parto de la base de que no se había tirado encima un cubo de sangre de ternera adrede, no debía usted haber seguido atendiendo en semejante estado bajo ningún concepto. ¡Primero se tendría que haber adecentado!

Harold no había tenido tiempo para pensar en ese tipo de cosas. El descanso ya había acabado. Y uno no se puede saltar los horarios, lo dicen claramente las reglas; está escrito en todos lados, en el comedor, en el tablón de anuncios, en el despacho de personal y en los vestuarios.

—He tenido que atender la llamada de una madre.
Oh.

–Va a hacer una reclamación.

Oh.

–Sus dos hijos, de siete y nueve años, han tenido que presenciarlo todo.

Oh.

–Ahora están en tratamiento psiquiátrico.

Oh.

–Dicho de forma educada, estaba muy, muy furiosa.

Harold no está seguro del todo de si efectivamente habían sido los niños de siete y nueve años los que habían gritado «Guau, Jason», mientras le pedían un autógrafa. Como Harold no es Jason y ni siquiera sabe *quién* es Jason, les dio una rodaja de fiambre. Una a cada uno. Es algo que no sólo está permitido, sino que se desea explícitamente: es la filosofía de la empresa.

–Harold, ese tipo de episodios son intolerables en esta casa. Nuestros clientes se cuentan entre los miembros más selectos de la alta sociedad y nuestra sección de delicatessen se cuenta entre las más exquisitas de toda la ciudad. Nos jugamos nuestra reputación, y usted, sin lugar a dudas, ha vuelto a tensar la cuerda por enésima vez.

Mr. Hopkins deja la frase ahí, sin más. Harold no sabe bien qué ha querido decirle con todo ello, pero no parece que se trate de un aumento de sueldo. Hasta la referencia a la cuerda supuestamente tensa representa un enigma para Harold. Ese mes ha llegado tarde dos veces. Una fue por culpa del 23. La otra también. La sopa fermentada de pescado que apareció vertida en su mostrador fue un ataque enemigo. La culpable, desconocida hasta la fecha; aunque Harold tiene una ligera sospecha. También la rana viva que brincaba entre los muslitos de pollo y el estofado de ternera argentina, y a

la que una persona aún por identificar le había grapado una corona de plástico en la cabeza, debe ser considerada como causa de fuerza mayor.

Harold tiene que dejar escapar un leve eructo, porque la comida anatola le golpea el estómago, y de paso intenta quitarse también de encima el aliento a ajo, pero fracasa. Mr. Hopkins se reclina y no da la impresión de estar relajado. La conversación toma derroteros que Harold ya es incapaz de seguir. Mira de reojo por la ventana, la lluvia cobra fuerza y tiende un velo gris sobre la ciudad.

—Harold, ¿cuánto tiempo hace que trabaja usted con nosotros? —Mr. Hopkins hojea de nuevo los expedientes que desordenan un poco su escritorio, los rasgos de su cara revelan sorpresa. Vuelve a levantar la vista—. Diecisiete años.

Diecisiete años, once meses, tres semanas, cuatro días y tres horas.

—Es mucho tiempo. ¿Ha pensado alguna vez en cambiar de aires?

Harold no se acuerda.

—Harold —Mr. Hopkins parece inquieto—, es hora de cambiar.

Oh.

Si Mr. Hopkins fuera Ingrid Bergman, Harold sería Humphrey Bogart pidiendo un cigarrillo. Es una pena que Harold no fume. Y Mr. Hopkins tampoco se parece en nada a Ingrid Bergman; por el momento al menos. La lluvia arrecia cada vez más, ahora las gotas golpean violentamente los cristales como si los quisiera reventar, como si no comprendieran que están excluidas, que aquí dentro no las quieren para nada. Probablemente porque mojan. A Mr. Hopkins no le interesa la lluvia.

Da golpecitos en la mesa con el dedo índice derecho e intenta seguir el ritmo. No en vano en sus ratos libres es el batería de un grupo de Dixieland con el que casi toca en Nueva Orleans, si el promotor no hubiera sido encarcelado por conducta inmoral.

—Ahora mismo, como quien dice.

Oh.

Suena el teléfono. Mr. Hopkins descuelga enseguida el auricular.

—¿Sí?

Pausa.

—No.

Pausa.

—Sí.

Pausa.

—No.

Pausa.

—No.

Pausa.

—¡No!

Pausa.

—Sí.

Vuelve a colgar. Parece reflexionar, y no da la impresión de que la reflexión se cuente entre las ocupaciones favoritas de Mr. Hopkins.

—Está despedido.

Ahora Harold se habría marchado a casa encantado para tomarse una pastilla contra el dolor de cabeza.

—Ahora debería irse a casa y tomarse una pastilla contra el dolor de cabeza.